

Epístola a un futuro matemático

Una epístola es, en su acepción literaria, una composición en forma de carta, en la que el autor se dirige o finge dirigirse a una persona real o imaginaria, y cuyo fin suele ser moralizante, instructivo o satírico. Nos han legado epístolas la antigua Mesopotamia y Egipto, así como Grecia (Platón y Epicuro) y Roma (Cicerón, Horacio y Séneca). Entre las escritas en castellano, la *Epístola moral a Fabio* es quizá la más conocida. La dirige el funcionario veterano y poeta Andrés Fernández de Andrada (1575–1648) a un joven amigo con aspiraciones cortesanas, a quien advierte de lo que le espera: «Fabio, las esperanzas cortesanas / prisiones son do el ambicioso muere / y donde al más activo nacen canas». Imagino que cada matemático veterano tiene en mente una epístola destinada a instruir a potenciales émulos. Yo hilvanaría la mía en torno a tres citas de ilustres colegas:

- *Grande es la recompensa*: «De todas las formas de huir de la realidad, las matemáticas es la que siempre ha tenido más éxito [...]. Todas las otras formas de huida, el sexo, las drogas, los *hobbies*, lo que sea, en comparación, son efímeras. El matemático se compromete por completo, se convierte en un monstruo» (Gian-Carlo Rota).
- *Arduo es el camino*: «Cualquier matemático digno de ese nombre ha pasado, a veces solo en contadas ocasiones, por esos estados de exaltación lúcida en que las ideas se encadenan como por milagro y en los que el inconsciente parece jugar también su papel [...]. Quien lo ha conocido desea que vuelva a producirse pero no puede provocarlo, salvo por un intenso trabajo, del cual aparece entonces como recompensa» (André Weil).
- *Pero no caminarás solo*: «Casi todas mis investigaciones matemáticas arrancaron de conversaciones [...]. Recuerdo una en el Café Escocés, con Mazur y Banach, que duró 17 horas solo interrumpidas por las comidas [...]. Estas conversaciones [...] fueron probablemente únicas. Era una colaboración de tal escala y de una intensidad que no la he visto nunca superada, igualada o siquiera aproximada en ningún otro sitio, salvo, tal vez, en Los Álamos, durante los años de guerra» (Stanisław Ulam).

Y ahora, siguiendo la famosa recomendación del humorista Chumy Chúmez («*lo bué, si bré, dos vé bué*»), termino con los últimos versos de Fernández de Andrada: «ya, dulce amigo, huyo y me retiro / de cuanto simple amé, rompí los lazos / ven y sabrás al alto fin que aspiro / antes que el tiempo muera en nuestros brazos».